





GASTÓN BAQUERO:
LA POÉTICA DEL MESTIZAJE



GASTÓN BAQUERO:
LA POÉTICA DEL MESTIZAJE

Enrique Viloria Vera

Presentación de *Joaquín Marta Sosa*

Epílogo de *José Pulido*



Centro de Estudios Ibéricos
y Americanos de Salamanca
«Federico de Onís—Miguel Torga»

“COLECCIÓN SALAMANCA”
OBRA DE ENRIQUE VILORIA VERA
POESÍA Y ENSAYO LITERARIO
(BIBLIOTECA GASTÓN BAQUERO)
47

© Enrique Viloría

© Centro de Estudios Ibéricos
y Americanos de Salamanca
Apartado 164
E - 37080 – Salamanca (España)

ISBN: 978-84-95850-21-8

Depósito Legal: If

Fotografía de Portada:

Alfredo Pérez Alencart

Fotografía del Autor:

María Isabel Morillo Belloso

Diseño de Colección

Javier Torre

Diagramación:

Florencia Zabala

Impreso en Venezuela / Printed in Venezuela:

Caracas, 2014

Índice general

Presentación	11
Introducción.....	17
1. Una infancia evocada y ubicua.....	19
2. Amor sin término.....	27
3. La naturaleza resplandeciente.....	33
4. Los poetas de allende y aquende.....	41
5. Música y danza sin distingo	49
6. Un Nuevo Mundo mestizo.....	55
7. Los ancestros africanos	61
8. España en el corazón.....	65
Epilogo.....	69
Poema Homenaje a Gastón Baquero en los 100 años de su nacimiento.....	73
Sobre el autor	75



Ese pobre señor gordo y herido,
que lleva mariposas en los hombros
oculta tras la risa
la pesadumbre de todos los escombros.

El dice que lo tiene merecido
porque aceptó vivir, que no hay asombro
en flotar como un pez muerto y podrido
con la cruz del vivir sobre los hombros.

Cenizas esparcidas en la luna
quiere que sean suyas cuando eleve
su máscara de hoy. No deja huellas.

Sólo quiere una cosa, sólo una:
descubrir el sendero que lo lleve
a hundirse por siempre en las estrellas.

Gastón Baquero



Presentación

Los Ojos No Son Para Cerrarlos

Estamos en el año centenario del nacimiento de Gastón Baquero (Cuba 1914-España 1997), al principio un autor secretísimo, que cultivaba su propio ocultamiento y marginación, pero que, a pesar de esto, paulatinamente comenzó a ser considerado como uno de los poetas cumbre de nuestra lengua y de cualquier otra, además de articulista fértil y ensayista de primera.

De allí la importancia y el interés de este ensayo de Enrique Vilorio Vera, convertido en libro bajo el título, apropiadísimo de *Gastón Baquero: la poética del mestizaje*, en cuyo contenido, de manera metódica, paciente, se va siguiendo el rastro esencial del poeta, las raíces y el sentido de su voz y el originalísimo y plural mestizaje que ella portó de manera constante. Aquí se recorre, primordialmente desde la inmersión en su poesía, los temas de la infancia, la naturaleza, la música y la danza, la ancestralidad africana, el rango mestizo del nuevo americano, la presencia infinita del amor y la españolidad donde se recobró como poeta, temas que este libro

interpreta más como espacios de significación que como crónica biográfica.

No es en vano ningún libro sobre Gastón Baquero, cubano tempranamente exiliado por el castrismo, copatrocinador de las mejores revistas literarias de su país, entre ella la mítica *Orígenes*, amigo y socio literario del gran Lezama Lima, redescubierto y reivindicado luego de su muerte por las nuevas generaciones de poetas cubanos, y cada vez más legítimamente reconocido como una voz que no puede permanecer en los márgenes, que debe ocupar y ocupa un lugar central en la historia de la poesía contemporánea.

Poeta y humanista, conservador y distante en política y ferozmente defensor de la libertad, resistente al totalitarismo gubernamental; liberal, en el más abierto significado que este término puede tener, para aproximarse y ejercer la convivencia social entre los diversos, la tarea cultural abierta y pluralista, al punto de que este hombre, anticomunista incondicional, no vacilaba en subrayar las cualidades de poetas como Pablo Neruda, mientras que él, por el contrario, era sometido al silencio, borrado, apartado como si se tratase de un infectado espiritual y moral. Siempre ocurre así con las “revoluciones” y los “izquierdismos”, qué lamentable, y de allí una parte crucial del camino trágico de la vida de este enorme creador.

En ocasiones, estos seres que intentan esconderse en el vientre de una existencia que pretenden anodina, que ellos mismos enuncian como si fuese así, y cultivan una suerte de humildad cuya raíz es la fuerte timidez ante un mundo que en cualquiera de sus giros no duda en desterrarlos de la que hasta ese momento fue una vida intensa, acomodada, intelectualmente rica y brillante. Esto condujo a que la experiencia de Baquero fuese la de quienes no pueden más que sufrir y entender en carne propia la fugacidad de las vanidades, la precariedad del vivir holgado, la grisura del destierro y la larga noche de los tachados de la historia, de los estigmatizados por no condescender con los poderes autocráticos.

Enrique Viloria Vera

De allí la importancia, y más en estos tiempos, del análisis pormenorizado que logra consumarse en este libro de Enrique Viloria Vera, donde se yergue en toda la vasta dimensión el valor de la poética de Baquero, y, lo más importante, de la vida que subyace en ella, así como del humanista sin reticencias, su primordial alimento, cuyos valores permanecieron inquebrantables frente al poder que se pretende omnímodo, señor de vidas, mentes y corazones. Gastón Baquero jamás renunció ni a su vida libre, ni a su mente soberana ni a su corazón humano, ya fuese en sus años de confort o en su larga época de penurias.

Raro caso, este de Gastón Baquero, el de un poeta egregio afirmado en una conducta existencial irreprochable. El hombre que fue Gastón y el poeta que fue Baquero jamás rehuyeron, y en ello estriba su unidad absoluta, mantenerse “con los ojos como para no cerrarlos nunca” cuando la tentación es la de cerrarlos siempre.

Joaquín Marta Sosa





Enrique Vilorio Vera



Introducción

Porque si nadie muriese algún día
Las iglesias serían más altas que el humo
Porque si nadie muriese
Quién olvidaría a quien
Qué semilla qué torre no sería.

GASTÓN BAQUERO

Este ensayo sobre el poeta tricontinental —y ahora universal— Gastón Baquero es un nuevo reconocimiento venezolano a su poesía, y a su infatigable y anónimo trabajo de escritor, tal como el propio letrado lo reconocía:

“A mí, además, nunca me ha gustado hablar sobre mis actividades literarias. Aquí en España, trabajé treinta años en Radio Exterior, y durante todo ese tiempo nadie supo que yo escribía. Un señor del barrio donde vivo, leyó hace poco que en *El País* hablaban de mí y me dijo: ah, pero yo no sabía que usted escribe. Yo le contesté: no, si yo no escribo, pero no es cierto. Se lo dije para quitármelo de encima, pues no me gusta hablar de ese tema”.

Gastón Baquero: La Poética del Mestizaje

Subrayo lo de nuevo reconocimiento, porque a principios de este siglo XXI, en el No 9, Año 3, de la *Revista Circunvalación del Sur* editada por el Círculo Metropolitano de Poesía de Caracas y patrocinada por DELSUR Banco Universal, lo consagramos al poco conocido, en Venezuela, Gastón Baquero.

Quero dedicar este libro a los amigos de hoy y de siempre que hicieron posible lo imposible, que la revista arribara —con criterio abierto y pluralista— a once números, el duodécimo quedó en espera de mejores tiempos para el país. Mi agradecimiento a José Pulido, Petruzka Simne, Sergio Pascual (Basilides) Joaquín Marta Sosa, José López Rueda, Henríque Meier, y por supuesto, a César Navarrete, presidente de DELSUR, cómplice generoso de las once entregas. No podría dejar fuera de esta dedicatoria a Iraida, mi esposa, quien, con su intuición de siempre, le puso nombre definitivo al entonces proyecto editorial.

Finalmente, mi agradecimiento a Jacqueline y Alfredo Pérez Alencart, quienes, en 2002, en Salamanca, me regalaron los dos tomos de *Poesía y Ensayo de Gastón Baquero*, en cuidada y fina edición de la Fundación Central Hispano, Salamanca, 1995, de los que me he servido para sustentar este personal homenaje en el centenario del nacimiento de este escritor ejemplar.

ENRIQUE VILORIA VERA

1. Una infancia evocada y ubicua

Mi madre no sabe que por la noche, / cuando
mira mi cuerpo dormido / y sonríe feliz sintiéndome a su lado, / mi alma sale de mí, se
va de viaje / guiada por elefantes blanquirrojos
/ y toda la tierra queda abandonada, / y ya no
pertenezco a la prisión del mundo, / pues llego
hasta la luna (...)

Y mi madre no sabe que al otro lado día, /
cuando toca en mi hombro y dulcemente llama,
/ yo no vengo del sueño: / yo he regresado
/ pocos instantes antes, después de haber sido,
/ el más feliz de los niños, y el viajero que des-
paciosamente entra y sale del cielo / cuando
la madre llama y obedece el alma.

La infancia, la niñez, esos primitivos tiempos de inocencia y fantasía, del desenfado y la despreocupación, han sido temas constantes y fundamentales de incontables escritores, pasados y presentes. En efecto, baste recordar que la infancia fue trama privilegiada de los poetas y ensayistas románticos, quienes hicieron de ella blasón de su escritura, como bien lo señala Joaquín María Aguirre en su reputado ensayo *Niño y poeta: la mitificación de la infancia en el romanticismo*:

Gastón Baquero: La Poética del Mestizaje

“Cuando se hizo necesario fabricar refugios mentales a los que poder huir, los románticos buscaron el que tenían más cerca: la infancia. La infancia es el mundo perdido; el lugar que la imaginación puede recrear con la ayuda de la memoria. Como jóvenes que son, sienten cercano el sonido de las puertas de ese paraíso del que el tiempo les ha expulsado; todavía tienen frescos los recuerdos de un mundo sin responsabilidades ni obligaciones; un mundo en el que por su propia insignificancia, los adultos les ignoraban. Sin embargo, si la mitificación romántica de la infancia se hubiese quedado ahí, no habría tenido demasiada importancia. Se habría quedado en un mero añorar. Pero los románticos constituyeron un auténtico sistema de ideas alrededor de la infancia en el que se vertieron múltiples y diferentes fuentes, logrando una síntesis original e influyente”.

En referencia a la innegable influencia de este movimiento literario sobre la poesía contemporánea —comentando especialmente la obra de Gustavo Adolfo Bécquer y Luis Cernuda—, Gastón Baquero sostiene:

“Se llamaba romanticismo entonces, y hoy recibe denominaciones contradictorias, que se avergüenzan un poco del viejo sustantivo, pero que en la íntima verdad no son sino maneras verbales de aludir al corazón, a las estrellas, al idilio, a las lágrimas y al peso de las violetas mustias sobre la luz del espejo. Era romanticismo ayer y es romanticismo hoy...”.

La influencia de esta concepción del paraíso perdido de la infancia - propia de los románticos - es tema recurrente de muchos autores vigentes. Así, el chileno Neruda expresaba: “el niño que no juega no es niño, pero el hombre que no juega perdió para siempre al niño que vivía en él y que le hará mucha falta”; el uruguayo Benedetti, por su parte, sostenía: “La infancia es un privilegio de la vejez. No sé por qué la recuerdo actualmente con más claridad

que nunca”; el venezolano Gerbasi escribía: “Te amo, infancia, te amo / porque te recuerdo a cada instante, / en el comienzo del día y en la caída de la noche, / en el sabor del pan, / en el juego de mis hijos, / en las horas duras de mis pasos, / en la lejanía de mi madre / que está hecha a tu imagen y semejanza en la proximidad de mis huesos”. Y el también centenario rapsoda mexicano Octavio Paz subrayó: “hay que soñar hacia atrás, hacia la fuente, hay que remar hacia arriba, / más allá de la infancia, más allá del comienzo”.

Gastón Baquero no es la excepción, su poesía es un constante replanteo de una infancia gozosa que disfruta imperecederamente en medio de poemas y añoranzas, el poeta se reconoce ágrafo y cándido, confiesa sin tapujos: “Yo no sé escribir y soy un inocente. / Nunca he sabido para qué sirve la escritura y soy un inocente. / No sé escribir, mi alma no sabe otra cosa que estar viva. / Va y viene entre los hombres respirando y existiendo (...) Un niño que ignora el arte de escribir (...) y soy tan sólo un niño durmiéndose en la arena”.

Comenta el escritor sobre su perenne condición de niño inocente: “Yo soy el más feliz de los infelices” y en expresivos versos explica el porqué de su gozo en medio de tantas desventuras; el poeta se ve a sí mismo como: “El que lleva puesto el sombrero y nadie lo ve / El que pronuncia el nombre de Dios y la gente oye: / Vamos al campo a comer golosinas con las aves del campo. / Y vamos al campo aves afuera a burlarnos del tiempo con la más bella bufonada. / Pintando en la arena del campo orillas de un mar dentro del bosque. / Atahlía interrumpe todo esfuerzo gritando hacia los cielos ¡traición, traición! / Nos encogemos de hombros y hablamos con los delfines sobre este grave asunto. / Contestan que se limitan a ser navíos inesperados y tálamos de ruiseñores. / Que lo dejen vivir todo en el mar y todo en el bosque. / Escalando los delfines los árboles y las anémonas. / Comprendo y sigo garabateando en la arena. / Como un niño inocente que

hace lo que dictan desde el cielo (...) Y los niños corren por las playas sin conocer el hombre que se muere”.

Y para que no quede ningún rescoldo de duda sobre su carácter de niño por siempre, de infante regocijado, de poeta respaldado en su nunca perdida inocencia, Baquero insiste: “¿Qué soy después de todo sino un niño, / Complacido con el sonido de mi propio nombre, / Repitiéndolo sin cesar, / Apartándome de los otros para oírlo, / sin que me canse nunca? (...) Y una voz me contesta: / eres el más inocente de los inocentes”.

Para el poeta caribeño los niños cuando juegan, se solazan, sacan a flote risas, alegrías e inocencias, cuentan con el apoyo divino, con la conformidad cómplice de la deidad suprema: “Cuando los niños hacen un muñeco de nieve, / Ellos saben que juegan a Dios, / Autorizados por Dios. // Desde el seno de la cellisca sonrío el Señor, / Y aporta nuevos ramos de nieve, más blanca a cada instante, / Para hacer los brazos del ente, las orejas, la frente. / De ese muñeco que acaba de erguirse por la vastedad de la nieve, / Igual que un hombre que sale de las manos de Dios”.

En merecido homenaje a Jean Cocteau, Baquero insiste en su añoranza por la inocencia de los años originarios, su nostalgia por esa infancia que se desvanece demasiado pronto y deja al hombre revestido de una madurez, de una racionalidad que —muchas veces— lo aleja de su propia condición de hombre. Reclama el rapsoda cubano: “¡Quién pudiera ser siempre niño inocente, / inocente, es decir, dueño de mil secretos! / Y menos mal que se nos han dado el ardid del disfraz y la bola de nieve, / el poder soñar con que un caballo es un candelabro, / un portallamas para empuñarlo y recorrer las planicies de la muerte”.

Baquero celebra la primavera europea, cuando “hay días en que el sol siente deseos / de imitar a Dios”, porque le devuelve la humanidad al hombre, el amor a las parejas, el gozo grandioso

y plural que siente el ser humano cuando devora la luz celestial que todo lo alumbra e ilumina. Especial contento experimenta el poeta con el arribo de la primavera porque por breves momentos —mientras un rayo de luz iluminaba vagones y rincones— “los niños se hastiaban de Supermán y volvían a ser niños / ¡todos gozosos, mudos por felices, / sentíamos que el planeta derramaba de nuevo su luz sobre nosotros, / como vuelca una aldeana sobre sus hojaldres una jarra de miel!”.

La infancia de Baquero, además de intemporal, es ubicua, no sólo la vive en su natal Cuba y la prolonga hasta su adoptada España; con la fantasía —siempre a punto en el niño grande— el poeta saltarín emprende alto y lejano vuelo para trasladarse a la lejana India de muchos de sus ensueños y fantasías. El escritor, para deleite nuestro de turistas de la imaginación y del espejismo, rememora en polisémicas estrofas, en versos ecuménicos: “De niño fui llevado al corazón exacto de la India, / quiero decir, a un templo desconocido en el centro mismo de la India, / más lejos todavía de donde alcanza la memoria de los brahmanes, / allí donde los santuarios que no puede pisar el tocado de la impureza, / custodiados por blancos cocodrilos, ceremoniosos leopardos, adolescentes ciegos. // Fui introducido furtivamente en el hogar cimero del dios: / protegido por el velo de interminables melodías, de fina llovizna de sonidos, / entre los pliegues del manto de un anciano venerado, / cuya santidad era comparable a la fuerza persuasiva de su magia. // Fui depositado a los pies del dios terrible, no como un desafío, / sino para vencerle la cólera de su corazón, / pues todos sentían piedad de aquel dios poseído de un furor inacabable, / que iba devorando cada día un territorio más de su esperanza. // Y allí quedé, frente a frente de sus terribles ojos asombrados. // Pero el dios devorador de llamas, de claros pensamientos y de bosques, / aquel que se alimentaba con la sangre de sí mismo y quemaba en furor su alma, / vio perdida su fuerza y hubo de perdonar y darse a sí la propia paz, tocaba mi guitarra todo el tiempo que estuve en el santuario, / tocaba en mi guitarra suaves melodías: aquellas

/ que le recordaban al dios su propio nacimiento. // Y es que /
vuelto a vivir en el país de la infancia, también un dios descubre
/ la inagotable felicidad de colocarse de espaldas al futuro”.

Nuestro escritor explicita, hace notoria y evidente, tanto la virtud depuradora de la inocencia como la reconciliación que se produce en el interior del ser humano, sin distingos de rango, sexo, religión o condición social, por el retorno a la infancia evocada y recuperada por efecto de la evocación de aquellos —distantes y felices, pero nunca olvidados— recuerdos de la puericia propia, de la niñez inalienable. En este sentido, su amigo peruano - salmantino, el poeta Alfredo Pérez Alencart escribe:

“Baquero es un viajero del tiempo. El siempre se ha sentido como un testigo que por invocación misteriosa o recreación de la memoria escucha los murmullos del pasado, entendiendo que los más grandes logros de la poesía no han surgido de la realidad aparente, sino de la ensoñación de un tiempo que bulle al interior de la mente y que se reunifican en un ardiente espacio de revelaciones. De esta forma va convirtiéndose en transgresor del tiempo y del espacio, tratando de ser un vidente como se calificaba Rimbaud...”

Baquero, siempre seducido por el Lejano Oriente, prosigue su itinerario fabulado de la India a Ceylán —la actual Sri Lanka— para confesar sin remilgos, una vez más, que “Yo soy el mentiroso que siempre dice su verdad”, y nos miente su verdad que “recibe por los ojos de la inocencia”, a saber: “Estamos en Ceylán a la sombra crujiente de los arrozales. / Hablamos invisiblemente la emperatriz Faustina, Juliano el Apóstata y yo. // Niño, dijeron, qué haces tan temprano en Ceylán (...) Mujeres doradas danzan al compás de sus amatistas. // Niños grabados en la flor de la amapola danzan briznas de opio. // Y en todo el paraninfo de Ceylán las figuras del sueño testifican: / ¿Quién es ese niño que nos escribe en palabra en la arena? / ¿Qué sabe él quién lo desata y lanza?”.

Y el poeta impúber y cándido, ansioso de aventuras, leyendas y fantasías, continúa impertérrito y osado su viaje por los confines de su pueril imaginación, y replica a aquellos que le aconsejan:

“Escapa, débil niño, a la verdad de tu inocencia”: “Dejemos para siempre vivo a ese niño. // Porque garabateaba en la arena. // Y no sabe si sabe o no sabe. // Y asiste al espectáculo de la belleza como el vivo cuerpo de Dios. // Y dice las palabras que lee sobre los cielos, las palabras que se le ocurren, a sabiendas de que en Dios tienen sentido. // Y porque asiste al espectáculo de su vida afligidamente. // Porque está en las manos de Dios y no conoce sino el pecado. // Y porque sabe que Dios vendrá a recogerle algún día detrás del laberinto. // Buscando al más pequeño de sus hijos perdido olvidado en el parque. // Y porque sabe que Dios es también el horror y el vacío del mundo. // Y la plenitud cristalina del mundo. // Y porque Dios está erguido en el cuerpo luminoso de la verdad como en el cuerpo sombrío de la mentira. // Dejadlo vivo / para siempre”.



2. Amor sin término

Si tomas entre los dedos la palabra amor
y la contemplas de derecho a revés
y de arriba a abajo,
verás que está hecha de algodón,
de niebla y de dulzura.

El amor no es unívoco ni uniforme: es plural, diverso, disímil, heterogéneo. La poesía de Gastón Baquero es indudablemente de amor, aunque no estrictamente amorosa, en el sentido del amor cortesano, del amor cortés, de la *llama doble*, tan analizada en la poesía de Occidente por Octavio Paz, es decir, aquel que se incendia cuando:

“El fuego original y primordial, la sexualidad, levanta la llama roja del erotismo y ésta, a su vez, sostiene y alza otra llama, azul y trémula: la del amor. Erotismo y amor: la llama doble de la vida”.

Ciertamente el escritor cubano no es un poeta amoroso, cortesano, erótico, en sentido cabal, empero su obra contiene textos que dan buena cuenta del talante amoroso de Baquero: “la llave del corazón está en los ojos” afirma, o bien: “Todas las violetas

de la tierra / Para ocultar que existes. // Toda la luz posible de los cielos / Para encontrar que existes. // Toda la canción eterna de la estrella / Para decir que existes”, o en aquel otro poema donde invita a la perpetuidad al ser amado. “Vamos / juntos / a quedarnos / eternamente / silenciosos”.

Indudablemente que en la poesía de Baquero hallamos emocionados poemas dedicados tanto a amores propios como ajenos, en los que el escritor antillano demuestra sus dotes galanas y seductoras, en los que reiteradamente el recuerdo y la nostalgia se hacen presentes, tal como lo constatamos en el poema dedicado a Berenice que lleva este dicente epígrafe “el amor y el tiempo”. Escribe Gastón a su evocada damisela: “A veces tu recuerdo me hace daño / como un alfiler clavado en la palma de la mano. // Pero me das el tiempo intemporal, lo eterno, / el olvido del mundo y de esas horas / que me van empujando lentamente al vacío; / el tiempo que me das tiene su nombre: / solemne puede ser llamado Eternidad, / humilde puede ser llamado Amor, / pero a solas yo gusto de invocarlo con tu dulce nombre, / y decirle simplemente, ven a mi corazón, / porque te quiero”.

El poeta, trasmutado en Sancho, revive las dolencias que este hombre simple, torpe e ignaro, experimentaba por Teresa: “era la enfermedad del Amor, pero él no lo sabía. Sobre el corazón de la rústica moza —rosa silvestre, manzana blanquirrosa— caía el silencio de su enamorado, que no acercaba a decir en palabras, en canciones, de sus ensueños y de sus fiebres”. Y para liberar a Sancho de sus males de amor, Baquero le cede uno de sus poemas en honor a la amada del amigo: “Teresa: / traía para ti, / entre las manos, / una mariposa. // Era roja, era azul, / era oriblanca, / era tan linda, / que al verla bajo el sol / esta mañana, / quise que la tuvieras / o al menos la miraras. // Tría para ti, lleno de contentura / aquella mariposa / que aleteaba en mis manos / como un pajarito. / ¡Quería verte la cara / cuando vieras saltar / sobre tu falda / aquella mariposa! // Pero ya junto a tu casa / vi

a otra mariposa / sola, amarilla y verde, / parecía estar triste, / como un hombre sin novia, / y pensé si sería / la novia de la mía: / y abriendo mis manos / dejé que se escapara / la oriblanca, la azul / la roja mariposa; / y las dos volaron, / y juntas fueron a quererse perdidas en el cielo”.

Para Julia también hay un poema veraniego, pleno de luz cenital, de amor y necesidad por parte de un poeta que se reconoce absolutamente inútil para enfrentar la triste soledad de los domingos solos y tristes, y la implacable cotidianidad de andar vestido, con eso que llaman, urbana corrección. Escribe Baquero a Julia más que un poema, una súplica: “Me siento bajo el sol a beber tarde, / a comer rodajitas de blando atardecer, / rodajitas finales de este domingo triste, / y más los domingos tristes de verano, // La campana vacía de la tarde / se llena de fantasmas silenciosos: / vuelve la compañía mejor del solitario, / que es la memoria barrida de arriba a abajo, / lavada, planchada, limpiecita, / por la callada escriba de la muerte. // Julia, si quisieras ponerle un botón a esta camisa, / o un reborde de nácar en esta solapa, / porque esta noche / puede que regrese trayendo un clavel, / o quizás un puñadito de lágrimas / absolutamente cristalizadas ya, / en el revés de la manga. // Julia, no me dejes aquí: / llévame a tus terrazas llenas de geranios, / llévame al quitasol de estar bien muerto, / porque vendrá el verano otra vez, / y tendré que sentarme yo solo, / yo solo conmigo solo, / con esta camisa tan sucia, sin botones, / vieja y destartada / como el ataúd de un ajusticiado”.

Pero ninguna elegía de amor tan bella y cruel como la que Baquero —estimulado por unos versos de Vicente Huidobro “¿Irías a ser ciega que Dios te dio esas manos? Te pregunto otra vez”—, escribió con el desgarrador título de *Manos*: “Me gustaría cortarte las manos con un serrucho de oro. / O quizás fuera mejor dejarte las dos manos en su sitio / Y rodearte todo el cuerpo con una muralla de cemento, / Con sólo dos agujeros precisos / Para que por ellos sacases las manos a que aleteasen, / Como palomas o

como prisioneras de un rey implacable. // Tus manos estarían bien guisadas con tiernos espárragos, / Doradas lentamente al horno de la devoción y del homenaje; / Tus manos servidas por doncellas de cofias verdes, / Trinchadas por Trimalcón con tenedores de zafiro. / Porque después de todo hay que anticiparse a la destrucción, / Destruyendo a nuestro gusto cuanto amamos: / Y si tus manos son lo más hermoso de tu cuerpo, / ¿Porqué habíamos de dejar que pereciesen envejecidas, / sarmentosas ya, horripilantes manos de anciano general o magistrado? // Procedamos a tiempo, y con cautela; un fino polvo de azafrán, / Unas cucharaditas de aceites de la Arabia perfumante, / Y el fuego, el fuego santificador, el fuego que perpetúa la belleza. / Y luego tus manos hermosísimas ya rescatadas para siempre. / Empanizadas y olorosas al tibio jerez de las cocinas: / ¡Comamos y salvemos de la muerte, comamos y cantemos! // ¿Irás a ser ciega que Dios te dio esas manos? Creo que sí. / Por eso te suplico pases por el verdugo mañana a las seis en punto, / Y dejes que te cercene las manos prodigiosas: salvadas quedarán, / Habrá para ellas un altar, y nos reiremos, nos reiremos a coro, / De la cólera inútil de los dioses”.

El amor —pasados los fulgores de la juventud, las pasiones de la luna de miel, los encuentros arrebatados y encendidos en revueltos lechos— también puede convertirse en ternura, sentencia nuestro poeta: “Cuando se vuelve muda la carne clamorosa, / para ella nos queda la ternura. / Persiste el resplandor de aquel glamoroso incendio / que fuera un día himno de deleite, ramo de música viviente. // Debajo de las pálidas cenizas / palpita todavía / el jubiloso cantar de la hoguera // Los ojos escaparon a otros paraísos, / tocó en otras playas la barca del deseo, / pero en el centro del alma está incrustada / aquella música suave y tenaz como el perfume de la infancia. // Cuando se vuelve muda la carne clamorosa, / aletea gimiente en el más puro rincón de la existencia / el pájaro gris de la ternura”.

Enrique Viloria Vera

Y para no quede duda de la vocación amatoria de su poesía, de sus versos que trascienden la carne y el tiempo, Baquero escribe:

“Amar es ver en otra persona el cirio encendido, el sol manuable y personal / que nos toma de la mano como a un ciego perdido entre lo oscuro, / y va iluminándonos por el largo y tormentoso túnel de los días, / cada vez más radiante, / hasta que no vemos nada de lo tenebroso antiguo, / y todo es una música asentada, y un deleite callado, / excepcionalmente doloroso y a un tiempo, / tan niño enajenado que no atreve a abrir los ojos, ni a pronunciar una palabra, / por miedo a que la luz desaparezca, y rueda a tierra el cirio, / y todo vuelve a ser noche en derredor / la noche interminable de los ciegos”.



3. La naturaleza resplandeciente

Al mediodía dijeron las voces secretas del
instinto:

empujando por los últimos vencejos el invierno
se ha ido.

¡Abre ya las ventanas, sal a contemplar
la gloria de este mundo vestido por la luz!

La obra poética de Baquero desborda naturaleza en todas sus formas, sin ser animista ni panteísta, digamos más bien que es biológica, ambientalista, ecológica, mimética, ya que, en múltiples ocasiones, el escritor se consustancia con la forma o elemento de la naturaleza al que le dedica su muy personal emoción: “Qué esta pasando siempre sobre mi corazón / que me siento doliéndole a la sombra, / estorbando al aire su perfil y su espacio. / Y nunca accedo a destruir mi nombre, / y no aprendo a olvidarme, y a morir lentamente sin deseos, / como la rosa límpida y sonora que nace de lo oscuro. / Que se inclina hacia el seno impasible de la tierra / confiando en que la luz la está esperando, creándose la luz, / eternamente fija y libertada bajo el cuerpo secreto de la rosa”.

Animales, plantas, astros, peces, estaciones, clima, aparecen recogidos en la poesía del escritor cubano para dejar constancia de su amor por la Creación y por el Creador, sin ánimo de catálogo académico por especies y nombres científicos, entremos sin más en el zoológico, en el invernadero, en el espacio sideral, en la atalaya, en las profundidades de océanos y mares, en el variado y plural mundo natural de Baquero.

La rosa: Esta flor ha sido indeleble fuente de reflexión de escritores y poetas, en este sentido, la ensayista Florie Krasniqi Rittiner en la *Revista digital Internacional de Poesía “Poesía de Rosario” No 19* afirma:

“La rosa ha germinado en la poesía desde tiempos inmemoriales, como motivo o referente e incluso como sujeto. Hemos leído la rosa fresca del Romancero español, el rubor de rosa en Garcilaso, la rosa asomada sobre el volcán de Bécquer, las enigmáticas rosas de Rainer María Rilke, la rosa perfecta de Goethe, “El sol, la rosa y el niño” de Antonio Machado, la rosa futura de Claudio Guillén, respuesta poética a la rosa azul de Juan Ramón Jiménez (...) “La rosa pura” de Pedro Salinas, el poeta de la Generación del 27 más ingratamente ignorado. La rosa se poetiza para representar su referente real, y también para constituirse en forma de símbolo: el poeta designa mediante la rosa concreta, abstracciones tales como la belleza, la perfección, la efemeridad, la feminidad, el amor, el secreto. Así, la rosa botánica, la rosa de etimología persa sinónima del color rojo, la rosa encarnada o pálida de jardín o de diccionario, se metamorfosea, dejando atrás el arbusto espinoso caduco, el cálice de cinco pétalos y la corola de hasta cien. La rosa, en fin, flor barroca y decimonónica por excelencia, cuya genética ha dado lugar a más de doscientas cincuenta especies, atraviesa los siglos en su forma textual. La rosa física, una vez sellada por la palabra, adquiere la capacidad de aludir a realidades ajenas a sí misma, tanto verosímiles

como fabulosas, que logran superar hasta los usos más fantasmáticos imaginados en la Edad Media, cuando se la utilizaba como protector contra los malos espíritus o como curativo para la hidropesía. En época postmoderna, la rosa alivia el estrés, la fatiga y el insomnio —lo adivinó Anacreonte, al decir que la rosa quitaba las penas— y también ofrece una panorámica vertiginosa a través de más de veinte siglos de poesía. De este modo, la rosa se convierte en un motivo cubista, un engendro de muchos lados disparejos que bebe de todas las épocas y es remedio a todos los males”.

A todos esos nombres de reputados creadores, además de Borges y Umberto Eco, debemos sumar —como ya lo ejemplificamos *supra*— también a nuestro Gastón Baquero, quien, obedeciendo el consejo de Huidobro, hace florecer la rosa en muchos de sus poemas para que sea protagonista o imagen amorosa: “Taiada está la rosa / en tu cintura: / yo no sé si es más linda / que tú la rosa. / Pero al mirarla creo / que todavía / es tu color más vivo / que el de su cara. / Y que la rosa piensa, / cuando te acercas, / que tú eres la rosa / y ella la rama”.

Especialmente baqueriano es el discurso del poeta a una rosa en Villalba, de la que hace la más bella rosa del planeta y de la literatura: “Yo vi una rosa en Villalba: / era tan bella, que parecía la ofrenda hecha a las rosas / para festejar las rosas en la tierra. / Yo creía haber visto ya todas las rosas: marmórea en Bogotá, / llamativa en Ámsterdam como un domingo aldeano, / primigenia en Haití, melancólica en la melancólica Viena, / falsa como la nieve y alambre en una calle de Manhattan, / túrgida y breve bajo las campanas de Florencia, / radiante como un verso de Ronsard en un jardín de Francia; / yo creía haber soñado ya todas las rosas, y las no vistas sobre todo: / la rosa de la India ciñendo a los leopardos, / la del Japón labrada en oro, la mística de Egipto, / la imperiosa como un guerrero bajo el sol africano, / la silvestre de Nueva Zelanda,

que se abre al escuchar una melodía / y muere cuando la música fenece: yo creía haber visto ya todas las rosas (...) Y dije adiós a la rosa de Villalba”.

El viento: En este caso, el de Trieste, violento y reconciliador: “El viento, / el viento en Trieste nos hacía desear como refugio la vida de la tierra, / la propia vida en que nos habíamos empeñado en repudiar. El viento de Trieste decía / cuántos infiernos moran allá en las estrellas, y nos hacía buena la tierra, / y del pecho se escapaban bendiciones cuando el viento rugía contra el sueño, / y nos daba sin tregua y sin consuelo / la inesperada enemistad del alba”.

El otoño: Especialmente conmovido por la llegada de las primeras ventiscas, la súbita caída de las hojas de los árboles y el inconsulto arribo de los fríos mañaneros y atardecidos, el rapsoda caribeño realiza una anatomía poética de este período de la naturaleza: “El secreto del otoño, no sé, es que provoca / deseos de frotarse las piernas con aceite alcanforado, de obedecer la solemne llamada de las pantuflas / y además, de no quitar el arpa de manos de Debussy, / para que finalmente se purgue de sol y de litorales / la roja ballena que devoró el verano (...) En fin, que el otoño, visto anatómicamente, / es tan simple como cubrirse los pies con una manta gruesa, / o como leer un poema idiota escrito por un idiota, / para que un lector idiota atravesase indolente, sueñante insensible / la deliciosa idiotez del otoño”.

La tarde: Regocijado retorna el poeta a sus años mozos en Holguín a fin de recordar una de esas peculiares momentos cuando cae el sol y cierto aburrimiento se instala en pueblos y gentes: “La tarde había llegado con su cara / de muchacha tontona, tetona, testaruda, / y amenazaba insistir en su bostezo hasta partirnos de tedio el espinazo (...) Sentí de repente el sopor del sueño / cómo cantaba a gritos el olor de la albahaca, / cómo avisaba con risas rojas verdes y amarillas / el guacamayo azul (...) Abrí los

ojos y me sentí cercado por un resplandor de oro / algo venía precedido de músicas, de pájaros verde, de jazmines / abiertos a la luna. Fue un golpe / como si cien niños golpeasen sartenes con cucharitas de plata: / Afrodita en persona, protegida por el sol con una sombrilla de hojas frescas, / Afrodita mulata de ojos verdes y andar de palomita buchona en los maizales, / pasaba por la puerta de mi casa (...) Cuando pasó al fin, / sonriendo benigna a mi estupor, / perfumando para siempre mi memoria / la aparición de de aquella tarde, / de aquel dulzor de caimito y pomarrosa, / ya no pude pensar otra vez en el tedio, ni pensar más nunca en la adelfa marchita; / sólo veía por todas partes el cielo derramado, el sol de terciopelo; / florecidos todos los jardines, encendidas todas las estrellas”.

La primavera: No oculta su alegría el poeta cuando llega la luz y el ansiado calorcito, y el frío invernal dice hasta luego; Baquero celebra la llegada de la estación primaveral —ese regalo de Dios para los seres vivos del planeta— con especial contento: “Hay días en que el sol siente deseos / de imitar a Dios. // Él se hastía / de ser andrógina margarita del firmamento, / y atareadamente se entrega a la tarea / de remedar al Señor // Aplica su malicia de niño irreverente / al producir la mariposa nueva. / Mete la luz entre el gastado iris, / y lo rojo da el negro y el amarillo lo azul. / De la panza del sapo hace un diamante / tan casto y diáfano como el planeta Venus. / Y donde hubo verdor deja flotantes cabelleras / (interminables cabelleras de color amaranto) (...) Y tras ver el sol el mundo variopinto y nuevo, echase a reír. / (A esa risa del sol es lo que llaman los hombres primavera). / Dios nuevo, ríe el sol, y sus cascadas de oro liquido, ardiente, / hunden fulgor y hacen alegría / hasta en las negras entrañas de la tumba”. Y como ya lo hemos leído, después de la primavera arriba sudoroso y arrebatador el verano, y el poeta —reflexivo y entristecido— se sienta “bajo el sol a beber tarde, / a comer rodajitas de blando atardecer”.

Mariposas: La rosa, la luna, el sol, los delfines, la naturaleza toda, conmueven al apasionado poeta caribeño, militante cantor de su entorno físico, de la biosfera, del medio ambiente del ser humano. En este caso son las mariposas —ya no brillantes, multicolores y solitarias— sino negras, fúnebres, luctuosas, las que convocan la emoción de Baquero: “Hay un país lejano con mariposas negras, / como un enigma, inagotables / en su extraño revolotar silente sobre la cuna de los niños. / Allá a lo lejos, en el país perdido entre las rocas, / llaman a las mariposas con un nombre funeral: *tatagnas*. / Se ve que estas negras mariposas vienen de las tumbas: / que traen mensajes en el idioma prohibido a nuestros oídos. / Ellas vuelan sobre las imágenes de los santos, se detienen / en la pequeña lámpara de aceite que pelea con las sombras / y construye las sombras, / con un mismo fulgor. Las mariposas / con su nombre espantoso, con sus grandes alas enlutadas, / gustan de oírse llamarse *tatagnas*, ya la música de este vocablo extraño, / detienen su revolotear y quédanse extáticas, en el aire, / como asistiendo a la reencarnación final de los difuntos”.

El leopardo: Desde la lejana Kenia un educado, amable, concedido y vivaz felino del África ancestral, visita al poeta cubano para invitarlo a visitar sus predios de boscajes, lagos, montañas y luminosidades; el propio Baquero cuenta: “El bello leopardo de Kenia me insistía: / Ven a los bosques libres, ven a la montaña / bruñida y tibia / donde sólo paseamos los leopardos / y algún cervatillo, y un águila remontada entre las nubes. / Ven a escuchar el silencio hechizante de la luna. / Te esperamos en Kenia, te esperamos”. No sabemos si el bardo revoltoso y aventurero aceptó la reiterada invitación y se fue con el leopardo africano a su natal Kenia para recitarle sus versos universales en swahili en los altos del Kilimanjaro.

El río: La fábula y la fantasía de la infancia se apoderan de nuevo de los versos del adulto poeta que se niega a renunciar a su niñez y poner a un lado su inocencia; acompañemos al escritor en su

travesía por este torrente imaginario: “Viví sesenta años a la orilla de un río / que sólo era visible para los nacidos allí. / Las gentes que pasaban hacia la feria del oeste, / nos miraban con asombro, porque no comprendían / de dónde sacábamos la humedad de las ropas / y aquellos peces de color naranja, / que de continuo extraíamos del agua invisible para ellos. // Un día alguien se hundió en el río, y no reapareció. / Los transeúntes, interrumpiendo su viaje hacia la feria, / preguntaban por dónde se había ido, cuándo volvería, / qué misterio era aquel de los peces de color fuego amarillo. / Los nacidos allí, guardábamos el silencio. Sonreíamos tenuemente, / pero ni una palabra se nos escapaba, ni un signo dábamos en prenda. / Porque el silencio es el lenguaje de nuestra tribu, / y no queríamos perder el río invisible, a cuya orilla, / éramos dueños del mundo y maestros del misterio”.

La luciérnaga: Los insectos glamorosos, distinguidos y distinguibles, luminosos y refulgentes no podían estar ausentes de la personal exaltación a la naturaleza resplandeciente por parte del poeta, quien, confeso, afirma que desde niño descubrió: “sujetando las alas de la esmeralda en vuelo, / lo que llamáis luciérnaga posada en la camelia, y nosotros, / llamamos cocuyo engarzado a la ceiba, y también falena, / que existe un lazo de amor entre / la fosforescente luna y el refulgente cocuyo. / Conocí para no olvidarlo jamás ese lazo de amor / entre el astro y el insecto, porque / la luna me hablaba, desde el cielo, y decía: / deja en paz a la luciérnaga: me hace falta / esta noche para alumbrar mi fiesta / de todos los otoños”.

Luna, lluvia, naranjos, álamos, ciervos, alboradas, manzanas, palomas blancas y grises, rosas y más rosas, protagonizan, además de los elementos comentados, sin distingos ni prelações, la poesía de este escritor ecológico que —sin notario público presente— testamenta su indiscutible decisión de formar parte, por siempre y para siempre, del infinito espacio sideral:

Gastón Baquero: La Poética del Mestizaje

“Yo no quiero morirme ni mañana ni nunca, / Sólo quiero volverme estrella; / Conocer cómo sueñan los niños de Saturno / Y como brilla la tierra cubierta de rocío (...) No importa que la muerte sea una nieve eterna / Que a la forma en el tiempo aprisiona y exige. / Un valle silencioso florece en mi recuerdo, / Y siento que a mi rostro lo decora el rocío”.

4. Los poetas de allende y aquende

No sé si antes o después o siempre o nunca,
pero yo estaba allí, asomado a todo.

Y todo se confunde en la memoria, todo ha
sido lo mismo:

un muerto al final, un adiós, unas cenizas
revoladas, ¡pero no un olvido!

Ciertamente la escritura de Gastón Baquero —poesía y ensayo— no es cómplice del olvido; todo lo contrario, es un permanente y genuino respeto por el otro, por los otros, por los amigos y colegas que ya no están y por las múltiples influencias que, a lo largo de su prolífica vida intelectual, ha recibido. Su obra toda está plena de referencias y gratitudes; el propio poeta, sin ambages, reconoce su deber de:

“dejar inscrita en letras mi gratitud a tantos amigos que desde los remotos días de los primeros poemas hasta el momento, solemne para mí, en que hoy escribo, me tendieron sus manos. Una relación de nombres es inintenable, porque el mundo de los buenos es infinitamente superior al de los malos. De lo contrario no podríamos vivir ni escribir poesía”.

Sin ánimo de establecer un catálogo exhaustivo de los homenajes del poeta, un inventario incontestable, un repertorio absoluto de los afectos escriturales de Baquero, dejemos que el propio rapsoda brinde fragmentos relevantes de la amplia gama de sus efectos y complicidades —nuevas y viejas, nacionales y extranjeras— que recoge tanto en su poesía como en sus ensayos, a fin de testimoniar:

“El orgullo común de nuestra poesía de antaño, escrita o no lejos de Cuba, se alimenta cada día, al menos en mí, de la poesía que hacen hoy - ¡y seguirán haciendo mañana y siempre! – los que viven en Cuba como los que viven fuera de ella (...) ¡Gran pena que no sepamos los unos de los otros!, siendo que somos hijos de un mismo espíritu, nacidos de aquel Padre Numinoso, arca sagrada de la poesía”.

Leamos los desprejuiciados textos del poeta de tres continentes:

Oscar Wilde y Toulouse-Lautrec: El poeta inglés le dicta al pintor —cartelista galo, en el muy reputado salón de Madame Sarah Bernhard en Montmartre— la receta de un brebaje sin parangón que le hará sustituir prontamente el demoleador ajeno: “Exprima usted entre el pulgar y el índice un pequeño limón verde / traído de Martinica. Tome el zumo de una piña / cultivada en Barbados por brujos mexicanos. Tome / dos o tres gotas de elixir de maracuyá, y media botella / de un ron fabricado en Guyana por la violenta sed / de nuestros marinos, nietos de Walter Raleigh. / Reúna todo esto en una jarra de plata que colocará / por media hora ante un retrato de la Divina Sarah. / Luego procure que la mezcla sea removida / por un sirviente negro con ojos de color violeta. / Sólo entonces añadirá, discretamente, / dos gotas de licor seminal de un adolescente, / y otras dos de leche tibia de cabra de Surinam, / y dos o tres adarmes de elixir de ajonjolí, / que vosotros llamáis sésamo, y Haroum –Al– Raschid llama tajina. / Convenientemente refrescado todo eso, / ha de servirlo en pequeños vasos de madera / de caoba antillana, como nos lo

sirviera anoche / la Divina Sarah. Y nada más, eso es todo: eso, / Señor de Toulouse, es tan simple, como bailar un cancán a las orillas del Sena”.

René López: Sobre su compatriota de letras e ilusiones, Baquero comenta —en fraterno soneto— un emocionado encuentro de poeta a poeta:”René López ha estado esta noche en mi casa / con su nombre vulgar, su sombrero, sus ojos. / Me he puesto a preguntarle de todo lo que pasa / allá donde algún día cesarán los anteojos. // El me dice que apenas comprende, que repasa / las memorias del tiempo, los despojos, / de unos sueños que fueron prodigados sin tasa / y que apenas si puede apartarnos los ojos. // Le ofrezco unas corbatas color azul celeste / para endulzarle un poco su angustiado mirar; / le aduermo los suspiros, le invito a que demuestre // su voluntad de ensueño perdiéndose en el mar... / Y cuando ya imagino que se retira el huésped / se me arroja en los brazos y se pone a llorar.”

Dylan Thomas: El trovador cubano escribe igualmente —en forma de relaciones y epitafio— encantados versos para su muy admirado poeta galés; Baquero celebra al bardo británico así: “Era como un nieto de Federico Nietzsche. / Era el acólito perfecto de Georges Sorel. / Era como un sobrino de Ernesto Hemingway. / Era el niño que lee a Spengler en lugar del Evangelio. / era como el novio de Arturito Rimbaud. / Era el valet de chambre de Isidore Ducasse; / Era el kinder compañero de Capote y James Dean, Era el office – boy de Arturo Strindberg / Era el peor recuerdo de Oscar Wilde en París, / Era el peor recuerdo de Oscar Wilde en París. / Era el roba fichas de Dostoievski en Baden Baden, / Era el firma manifiestos de John Osborne. / Era hijo secreto de Gertrude Stein y Bertold Brecht. / Era cliente fijo de Freud y de María Bonaparte. / Era el poeta favorito de Béla Bartók. / Era de los teen – agers que la noche cuelga en la 42. / Era taquígrafo de Henry Miller y de Ezra Pound. / No nación en Gales: nació

en un cuento de Williams, Tennessee // Y con todo eso, un día,
¡chas!, / Los bosques de Escocia sintieron caer un árbol / Que
había sido muy remecido por el ventarrón de la poesía. / Y aquí
yace, cubierto por espuma de la cerveza / Y amargado por la dulce
leche de la vida, / aquí yace, Dylan Thomas.”

Jorge Luis Borges y María Kodama: Para el escritor universal,
nuestro escritor planetario escribe un sentido epitafio: “Me gusta
que se llame / María Kodama / el invento póstumo de / Jorge
Luis Borges. // María Kodama / es el nombre borjiano de la
esposa / del impertinente Maestro de Ceremonias / Kiro Kotsuké
No-Suki, / que era a su vez la verdadera / Madame Pechogris,
novia / favorita de mi querido amigo / Yuko Mishina fue, como
todos saben, el pseudónimo oriental de Jorge Luis Borges. // Jorge
Luis Borges / el jardinero japonés que un día, / desesperado de
soledad, / engendró a María Kodama”.

Federico García Lorca: Para hacer más notoria su admiración
por el poeta granadino, el bardo cubano le ofrenda fraternales
versos de solidaridad afectiva y territorial; Gastón —dádivoso
siempre con sus querencias— le recuerda a Federico que: “La
frontera andaluza está en la Habana. / Cuando un poeta andaluz
aparece en el puerto, / las calles se alborotan, y en las macetas
/ de todos los balcones / florecen los geranios. // El marzo de
aquel año tuvo dos primaveras la ciudad: / una se llama como
siempre, Percepción de la Luz, / y la otra se llama Federico a
solas, / Federico solo y deslumbrado / por el duende de la luz de
la calle habanera”.

Y como un vidente africano del Caribe, como un nigromante
yoruba, como un hechicero tropical, Gastón le lee las manos, las
cartas poéticas, y le interpreta los caracoles al poeta granadino –
habanero y le advierte: “Federico, hijito mío, / poeta mío, Federico,
¡no te vayas la Habana!, / ¡no te vayas, no te vayas!, / ¡que al que

le siguen de noche / muerto está por la mañana, / muerto está por la mañana”.

También la prosa del escritor —además de sus versos— se suma al personal miramiento que Baquero tiene con sus colegas de allende y aquende, de allá y de acá, citemos algunos extractos de sus sesudos análisis que ameritarían de una tesis doctoral salmantina, si es que todavía no la han defendido:

Rubén Darío: Nuestro escritor reconoce sin lisonjas que: “Darío fue ante todo un oído, un oído musical espontáneo, naturalmente nacido con un sentido frecuentemente perfecto de la medida (...) Luego, hay en Darío un fuerte sentimiento de la libertad personal que se simboliza desde muy temprano en la sed de viajar, de cambiar de sitio (esta desazón tan española), y más tarde se encarna en su libre manera de vivir. Incluso en la rebelión que supuso volver las espaldas a la poesía española de su tiempo inicial y entregarse altaneramente a importar otra sensibilidad, brilla también la señal del amor a la libertad irrestricta que experimenta el hispanoamericano. La desdicha fue que esa hermosa rebelión encallase en una zona poco apreciable de la poesía francesa (...) Si nos empeñásemos, por obediencia excesiva a los nuevos modos de pensar y sentir, en dejar sin materia y sin mensaje al cuerpo poético de este hombre, y rechazásemos tanto de lo suyo que lo redujésemos a íngrimo esqueleto, cuando hubiésemos llegado a los puros huesos nos encontraríamos que esos huesos eran de diamante. Porque su gran voracidad de poesía le permitió ingurgitar impasiblemente lo puro y lo espúreo, la espuma y la broza, los que vinieron después de él hallaron menos cieno en torno, y divisaron mejor las altas estrellas”.

Luis Cernuda: Baquero laudatorio afirma sin melindres “que lo sevillano puro, lo mejor de Sevilla, tierra ascética bajo el verdor, está en Luis Cernuda”, y sobrada razón tuvo. Para el escritor cubano, de la frontera caribeña de Andalucía, el poeta sevillano

“era consciente de su absoluta fidelidad a la poesía, y me atrevería a decir que más que al propio deseo (...) Esta lucidez, esta atroz conciencia de su destino, no le abandonó ni un instante. Esto supone un ánimo recio, una voluntad de hacer, que no podía obtenerse sólo con el desdén. Es el fruto de la libertad interior, recóndita, absoluta. Por esa libertad, Luis Cernuda escribió su vida en poemas que sobrenadan modas y tiempos, y gustos y políticas, y códigos morales o estéticos. Puso en pie, erguidamente, un hombre acorralado, acosado por el destino; un hombre, para evocar el exacto venablo de Lorca, asesinado por el cielo”.

Vicente Huidobro: Justo y oportuno en todo tiempo y circunstancia, es el reconocimiento que nuestro poeta – crítico literario efectúa sobre la pionera y revolucionaria obra del vate chileno, tan distante en el tiempo y tan cercano en su contemporaneidad. Denuncia y diserta Baquero: “Se olvida, o se quiere olvidar mucho, a Vicente Huidobro de la actual poesía hispanoamericana (...) Huidobro fue portador de las noticias más refrescantes y convulsionadoras en materia de poesía (...) El hecho de que muchas de las fórmulas puestas en movimiento por él para beneficio de nuestros territorios sirviese para que muchos idiotas pretendiesen ser poetas por el solo motivo de escribir con minúsculas y de colocar las palabras descompuestas en letras verticalmente situadas, no quita grandeza, ni significación, ni valor a la obra precursora de Huidobro (...) El tiempo ha sido el gran juez. Ahora se ha separado del trigo toda la paja, y queda en pie quien debió estarlo siempre.”

Pablo Neruda: Otro chileno concita igualmente la atención del escritor —lector— crítico: Pablo Neruda. Comenta Baquero con toda propiedad: “Hay un primer Neruda, un segundo Neruda y un tercer Neruda, sin que ninguno de los tres tenga nada que ver con lo literario (...) Ni aún todos los poemas de fórmula, todos los recetarios y todos los errores cometidos por Neruda contra Neruda, podrán borrar del cielo poético del habla española el fulgor de su estrella”.

César Vallejo: No podría nuestro poeta tricontinental ocultar su admiración por uno de los grandes de la literatura, el peruano y universal Vallejo. Baquero —ahora trajeado de poeta— visita, en versos lluviosos, al vate suramericano que pasa hambre y frío en el París de los años de la preguerra y de la posterior ocupación alemana; con un excelente remedo del hablar peruano, Baquero escribe; “Metido bajo un poema de Vallejo oigo pasar el trueno y la centella. / “Hay bochinche en el cielo”, dice impasible el indio acorralado / en callejón de París. Furiosa el agua retumba sobre el techo / blindado del poema. / *Emprésteme* Abraham, le digo, un paraguas, un cacho / de nube seca como el chuño enterrado en la nieve (...) Dígame, Abraham, / cómo se las arregla para parir el poema que es ruana recia del indio, / y es al mismo tiempo hombreante panadero, padrote, semental poema (...) Usted tendría que llamarse eternamente Abel o Adán, pero Abraham está bien: / la mamacita de usted le llamaba Abrancito y le decía: niño no piense tanto, / que en el pobre pensar no sirve para nada, pensar es sufrir más (...) Déjeme por un siglo no más un poema suyo, testicular semilla, antihombre poema, / antiodio poema vallejiano, donde un alarido sofocado por miedo al carcelero, / un alarido en quechua o en mandinga, pero con techo y suelo donde echarse a morir, / digo, a dormir, me contradigo, me enrosco, me encucillo, vuelvo a ser feto / en el vientre de mi madre; me arrebujo y oigo su rezongar andino sollozante: / a París le hace falta un Aconcagua, y voy a lloverle a Dios sobre su misma cara / el sufrimiento de todos los humanos. // Alguien dice *carvasse* / y yo digo esqueleto. Hasta de espaldas se ve que está llorando, pero empresta / el refugio piadoso que le pido, y me echo a morir, digo, a dormir, acorazado / por el poema de Abraham, de César digo, quiero decir Vallejo”.

Muchos y buenos son los homenajes, las ofrendas, los miramientos, las loas y epitafios afectivos, los respetos que Gastón Baquero, amigo de sus camaradas escritores y colegas, poetas y no, de allende y aquende, (a los que añade a Eugenio Florit, Mariano Brull,

Aimé Césaire, Gabriela Mistral, Cintio Vitier, Lezama Lima, Alejo Carpentier, Virgilio Piñera, Marcel Proust, Lidia Cabrera, Jean Cocteau, Eliseo Diego, Dulce María Loynaz, Emily Dickinson, García Márquez, Barba Jacob, Saint – John Perse, T. S. Elliot, y tantos otros) ofrenda en verso y prosa con un sublime propósito: que la muerte y el olvido no hagan de las suyas.

Asumimos el abuso de extender —más allá de su inicial propósito— estos versos del poeta cubano dedicados a Federico, el rapsoda granadino, sustituyendo el nombre de García Lorca por el de cualquiera de los queridos poetas —de allá y de acá— que azuzaron la plural emoción del bardo de tres mundos:

“Federico, por hombres como tú / se han inventado palabras como éstas: / Cítara; Plenilunio, Narciso, Encantamiento. / Y otras palabras más fuertes todavía: / Corcel, Lágrima, Destino, Sangre. / Y la que duele al párpado, la que penetra / por sí misma sin sosiego hasta el cielo: / Muerte (...) Como un sacramento te devuelves / por sobre las playas colmadas de geranios, / Federico, en cuatro sílabas, los cuatro puntos cardinales / que más luego son mil, son infinitos, / uno de tus cabellos, / una sonrisa tuya / cuelga de las manos sagradas de la Aurora, / y tú sigues mirando, / mirando como Dios renueva el verde, / y cómo nace aún tanta belleza / que la tierra se llama Federico”.

5. Música y danza sin distingo

La Barcarola de los “Cuentos de Hoffmann”:

sólo esta melodía quedó en la memoria del viajero cuando echó a andar sin más finalidad que sacudirse el tedio de estar vivo (...) desde Lisboa hasta Varsovia, / y desde Varsovia hasta Lisboa, / silbando la Barcarola / de los Cuentos de Hoffmann.

La música (del griego: μουσική [τέχνη] - *mousikē [téchnē]*, *el arte de las musas*) de acuerdo con la acepción más tradicional del vocablo, es el *arte* de organizar sensible y lógicamente una combinación, una mixtura, una serie coherente de *sonidos* y *silencios* utilizando tres principios fundamentales: la *melodía*, la *armonía* y el *ritmo*, mediante la intervención de complejos procesos psico-anímicos. El concepto de música ha venido evolucionando desde su origen en la antigua Grecia, donde se reunía —sin distinciones— a la poesía, la música y la danza como un arte unitario.

Por su parte, la danza es aquella forma de *arte* en la que se utiliza el movimiento del cuerpo —usualmente acompañado de *música*— como una expresión plástica con fines diferentes: *entretenimien-*

to, artísticos o religiosos. La danza es considerada también como una forma de comunicación, que utiliza el lenguaje no verbal entre los seres humanos, para que el bailarador o la danzarina expresen sus sentimientos y emociones a través de sus movimientos y gestos.

Baquero asume la inicial concepción griega, holística, abarcadora, omnicomprendensiva, de la música. En efecto, para nuestro escritor poesía, danza y música se completan sin prejuicios ni compartimientos estancos en su obra plural y mestiza. Se integra así nuestro poeta a la larga lista de escritores melómanos —Alejo Carpentier, Salvador Pániker, Dante, Tolstoi, Thomas Mann, Goethe, Proust, y tantos otros— que han hecho de la música también un *leit motif*, un inseparable e insustituible complemento de su actividad creadora.

Baquero no oculta su admiración y respeto por aquellos creadores que componen y danzan. Buena parte de la obra del poeta filarmónico está integrada por fanfarrias, madrigales, serenatas, rigodones, cantos, pavanas, rapsodias, puesto que, en su vida cotidiana, como Tamerlán, su gato: “Se alimentaba sólo con poemas de Emily Dickinson, / y melodías de Schubert (...) solo quería masticar, / hoja por hoja, verso por verso, / viejas ediciones de Emily Dickinson, / y escuchar incesantemente melodías de Schubert”.

Leamos, oigamos y veamos.

Joseíto Juai: “Cuando el niño Joseíto Juai tocaba su violín en el patio de la casa, / el gallito matalobo, y el filipino, y el valenciano, / enarcaban sus cuellos y cantaban el quiquiriquí / en las grandes fiestas, / creyendo que había llegado el mediodía (...) cuando Joseíto Juai tocaba su violín allá en el Versalles de Matanzas, / las mariposas se detenían a escucharle, / y también los solibios, los sinsontes clarineros, / el tomeguín comedido, y las palomas, ¡siempre las palomas!, / las albísimas y las grises (...) Cuando ese niño tocaba su violín, / la puesta de sol se hacía lenta, llena de parsimonia, / porque el Señor del Mediodía no aceptaba perderse

ningún sonido, / y sólo se decidía a hundirse en la extensión del horizonte / cuando la madre tomaba al niño de la mano y le decía: - Ya está bien de estudiar, que va enfriarte el relente de la tarde; / deja por hoy tu violín: mañana volveremos a vivir en el reino de la luz, / y volverá el gallito matalobo a cantar su quiquiriquí de gloria”.

Nureyev: “Coroliano mi perro / leyó en el Times / la muerte de Nureyev. Como lleva tanto tiempo con nosotros, / (un póster de su figura cubre una astilladura de cristal / en la puerta de baño) / Coroliano se echó a llorar / desconsoladamente. Lloraba en silencio, hacia adentro / con el llanto de los perros educados, lloraba / sin gemidos ni suspiros. / Para intentar calmarlo, / llené la casa de melodiosos bailettes, El lago de los cisnes, / la Valse de Ravel, las Sífides. Todo era en vano: / Coroliano seguía con los ojos clavados, meditante, / en la figura del bailarín”.

El baile flamenco: Como ya estamos al tanto, Cuba es la frontera caribeña de Andalucía, de allí que el cante jondo, los poetas del Al Andaluz —sean indistintamente de Granada o de Sevilla— el flamenco, aviven la emoción del poeta musicólogo. Baquero bate palmas al compás del jacarandoso baile y de la quejumbrosa cantinela: “La danza puede ser el idioma perdido de unos dioses, / la señal arrojada a la noche desde un faro hundido en el infierno, / la invitación a rugir de protesta y de odio contra el acabamiento humano, / la llamada de disfrute de placeres absolutamente baldíos, pero gratos por ello, / la plegaria burlona ante ídolos que perdieron todo su poder, / y son ahora piedrecillas azotadas por la danza (...) en las tenebrosas guitarras, esta danza y este canto se pierden en el vientre / de la noche, vuelan hacia los recónditos cementerios, y agazapados quedan, este canto / y esta danza, hasta mañana, hasta mañana, otra vez, hasta siempre y más siempre, hasta mañana”.

Pavana para Napoleón, el Emperador: Nada más peliagudo que calmar las dolencias, los males, los padecimientos, de una

persona que todo lo tiene y todo lo puede, de un encumbrado autócrata acostumbrado a ejercer su omnímoda voluntad en medio del fastidio, de la desgana y el aburrimiento, Baquero lo logra con creces con este poema imperial: “Napoleón tenía un manto lleno de abejitas de oro. / Cuando el dolor de lumbago acometía al Emperador, / Las viejas hechiceras de Córcega le aconsejaban: / - Polioni, vuelve el manto al revés, ponte el manto al revés, ponte las abejas en la piel. / Y las fieras abejitas picoteaban a lo largo del espinazo imperial; / Sin la menor reverencia clavaban sus aguijoncitos arriba y abajo, / Hasta que transfundían sus benévolos ácidos en la sangre de Corso, / Y el lumbago salía dando gritos, vencido por el vencedor de Austerlitz. // La risa reaparecía en el rostro imperial, y la corte se vestía de encarnado; / Napoleón, libre de penas, volvía al derecho el manto, el de las abejitas de oro, / Y tomando la punta de los dedos por los extremos del armiño, Echábase a bailar una pavana por todos los salones de las Tullerías; Tra - lá - lá, - tra- lá - lá, bailaba y cantaba, y decía olé, y viva la vida, y olé. / Y en tanto bailaba de nuevo feliz el Señor del Mundo, / Las doradas abejitas de su manto, felices también, reían y cantaban, / Como rayos de sol en la cabeza de un niño”.

Rigodón para Manuela Sáenz y Garibaldi: De origen francés, este floreo atribuido a Rigaud, requiere de dos bailarines para ejecutar los pasos propios de la contradanza; Baquero efectúa un viaje musical en el tiempo y, sorprendentemente, pone a bailar un rigodón a un par de personajes libertarios: la paitaña Manuelita Sáenz y el piamontés Giuseppe Garibaldi. Narra el poeta el encuentro danzante “La mujer de voz de contralto / decía poemas, repetía proclamas y ardientes textos de amor / que le enviara un hombrecito endeble pero resistente a extinguirse, / un hombrecito fosforescente de quien ella había sido / la esposa, la emperatriz, la esclava (...) Diciendo un verso de Poliziano en su lengua nativa entro el Desconocido: / Mi nombre es Garibaldi (...) La levanto, la arranco de esa silla de ruedas que es el trono / de la viuda misma de Dios, la paseo en mis brazos, la llevó hasta el mar, /

la balanceó al compás de un rigodón (...) Me llamo Giuseppe, Giuseppe Garibaldi, quiero ser únicamente / el joven que bailaba como nadie el rigodón en las fiestas de Quito. El joven / que sólo aherrado por los brazos de usted alcanzó a descubrir / el sabor y el perfume de la vida”.

EL Bululú: El Caribe vuelve a ocupar el escenario halagüeño para la fiesta y el jolgorio; en esta ocasión, es el propio poeta quien sale al ruedo, a la pista de baile, al mismo centro del bululú dominical: “El domingo, Teresa, / rompen las fiestas. / Tamborines vienen / y flautas traen / los de la zampoña / y el farantán. / Al alba la campana / con despertarte, / dejará que el tomillo / entre a buscarte; / trompetitas de oro / harán ruido divino (...) Con mis botas de fiesta / iré a bailarte (...) y después de la misa / y tras el yantar, / cuando ya la tarde / diga a llegar, / bajaremos al pueblo / donde la fiesta / estará rompiendo / junto al corral. / Cogidos de la mano, / pegaditos yo y tú, / como el cuerpo y la sombra, / como el ala y el vuelo, / pasaremos la tarde / ante el bululú”.

Y para que no quede ningún barrunto de duda, de su compromiso, de su adeudo, de su pasión y complicidad con la música y sus creadores, Baquero escribe su reputado testimonio memorial:

“Cuando Juan Sebastián comenzó a escribir la Cantata del café, / yo estaba allí: / llevaba sobre sus hombros, con la punta de los dedos, / el compás de la zarabanda (...) yo estuve allí, / alcanzándole su roja peluca a Antonio Vivaldi (...) Sobre los hombros de Juan Sebastián, con la punta de los dedos, yo llevaba el compás de la zarabanda. Y no olvido nada”.



6. Un Nuevo Mundo mestizo

El eucaliptus que canta en Santillana / reproduce textual un paisaje lejano: / la niebla memoriosa, la distancia, la mano, / funden sobre la tierra la noche y la mañana, // ¿Qué será ahora en la linde pampeana ¿ / ¿O quién discierne aquí lo empinado y lo llano? / Todo es uno y lo opuesto, todo es nada y es vano: / la figura sin rostro y la sombra lejana. // Por eso da lo mismo la llanura o el soto, / nacer sobre Los Andes o en la mar antillana: / aterirse en invierno o asfixiarse en verano // todo es humo y ceniza. La vida, un sueño roto / donde un danzante ciego ciñe a la muerte ufana / orquídeas de los Andes y espliego castellano.

El escritor venezolano Arturo Uslar Pietri afirma que “lo verdaderamente importante y significativo fue el encuentro de hombres de distintas culturas en el sorprendente escenario de la América. Este y no otro es el hecho definidor del Nuevo Mundo”.

De estos encuentros interraciales surge, en su momento, el término *mestizo* para nominar a los primeros vástagos provenientes del cruce entre blancos y aborígenes. Según la opinión de Garcilaso, el Inca:

Gastón Baquero: La Poética del Mestizaje

“A los hijos de español y de india, o de indio y española, nos llaman mestizos, por decir que somos mezclados de ambas naciones; fue impuesto por los primeros españoles que tuvieron hijos en indias, y por ser nombres impuestos por nuestros padres y por su significación, me llamo yo a boca llena y me honro con él”.

El término mestizo es acogido, en su acepción actual, por el primer Diccionario de la Academia Española de la Lengua publicado en 1734, conocido como *Diccionario de Autoridades*. En efecto, en el mismo se lee: “Adj. que se aplica al animal de padre y madre de diferentes castas. Viene del latín *Mixtus*”.

El mestizaje como hecho extendido e incontrolable en la América Española, llevó al mismo rey Fernando el Católico a promulgar, el 14 de Enero de 1514, la siguiente disposición:

“Es nuestra voluntad que los indios e indias tengan, como deben, entera libertad para casarse con quien quisieren, así con indios como con naturales destos reinos o con españoles nacidos en las Indias, y que en esto no se les ponga impedimento. Y mandamos que ninguna orden nuestra que se hubiese dado o nos fuere dada para impedir ni impida el matrimonio entre los indios e indias con españoles o españolas, y que todos tengan entera libertad de casarse con quien quisieren, y nuestra Audiencias procuren que así se guarde y cumpla”.

De esta extendida mezcla étnica emerge, desde los mismos albores de la América Hispana, una sociedad multirracial, una miscegenación que dependiendo de las circunstancias de espacio y tiempo de la conquista y la colonización, estuvo determinada por factores de diversa naturaleza y envergadura: densidad demográfica de la población indígena, estructura social aborígen, sistemas de explotación colonial más o menos desarrollados, entre otros. Este mestizaje sanguíneo tuvo como elementos conformadores tres

razas o etnias: la blanca, la india y la negra, y también como derivación otro mestizaje mucho más relevante: el cultural.

Simón Bolívar, por su parte, reafirmaba, por escrito, nuestra particular condición mestiza:

“Nosotros somos un pequeño género humano; poseemos un mundo aparte, cercado por dilatados mares, nuevo en casi todas las artes y ciencias, aunque, en cierto modo, viejo en los usos de la sociedad civil”. *Comentario de un Americano Meridional a un caballero de esta isla. (Carta de Jamaica).*

Y en efecto, de acuerdo con las investigaciones históricas de Baquero ni el propio Libertador escapó de esta condición de mestizo, de su carácter de pardo:

“El niño nacido en 1783 llevaría cuatro apellidos muy cargados de nombradía, de genealogías, de sonoridades: Bolívar, Palacios – Sojo, Ponte y Blanco. Los historiadores —algunos, no todos, pues siempre hay gente con cabeza— dedican montones de páginas a aclarar el límpido linaje de hasta el último tatarabuelo de aquel niño. ¡Torpes que son! Se dicen que el geniecillo democrático de América jugo una “mala pasada” a los adoradores de sangre pura. Por esa mala pasada, ¡y hay quienes toman a gravísima ofensa el recuerdo!, Este Simoncito aristócrata, este mantuanito gentil, era lo que técnicamente se denomina entre los etnicistas “requinterón de mulato”. Como no quiero ser conducido a la hoguera, abro un texto de Pérez Barradas sobre los mestizos de América, y en la página 182 leo. “Simón Bolívar tuvo un 6,25 de sangre negra, es decir era requinterón de mulato, pues su bisabuela María Josefina Marín de Narváez, era hija ilegítima de don Francisco Marín de Narváez, y de una negra de servicio llamada Josefa” (...) Y lo que queda por hacer es montar un gran laboratorio, una oficina entera de investigación, para ver si se da con el dato que falta, a juicio mío, y es el de alguna

huella de sangre india en las venas de este niño (...) Bolívar tiene que ser blanco, negro, indio, mestizo, zambo (como le decían con desprecio los oligarcas del Perú), sambayo, cambujo, jarocho, galfarro, cuatralbo, cholo, mulato, ¡toda la América, todos los colores, todas las gentes de todos los pueblos”.

La poesía de Baquero es mestiza, como él, como el Nuevo Mundo descubierto o encontrado por España, como nosotros los hispanoamericanos, y como tantas otras naciones que conocieron la impronta del conquistador español que llegó incluso a las islas que Ruy López de Villalobos llamó Filipinas —hoy Filipinas— en honor a su Rey Felipe II. Buena y minuciosa noticia deja Baquero de esta realidad mestiza en el otro extremo del mundo: “Desde Manila hasta Acapulco / el poderoso galeón venía lleno de perlas, / y traía además el olor de ilang – ilang, / y las diminutas doncellas de placer criadas por Oriente, / y todo el aire de Asia pasando por el tamiz mejicano, / para derramarse un día sobre las severas piedras de Castilla, / como un extraño óleo de tentación y desafío. // Desde Manila hasta Acapulco / el viejo galeón cuidaba su vientre henchido de canela, / y los lienzos de vaporosas sedas para la ropa del rey, / y las garrafas de muy madurada malvasía. / y los alfrones de oro para la arquitectura difícil del peinado, / el palisandro, la taracea, el primor, / todo venía en el vientre del galeón / hurtándose de continuo a corsarios golosísimos, / que pretendían adelantarse en lo de poner a los pies del rey suyo / la espuma blanquísima del coco, el arcón de sándalo, el laúd /copiado del ave del paraíso, y la marquetería / rehilada de nácar, como diseñada por Benvenuto en la Florencia medicea. // Desde Manila hasta Acapulco / el galeón saltaba entre mantas de transparentes zafiros, / y a cañonazos, a dentelladas, a blasfemias, / defendía el bosque de sus entrañas, fuese de comptotas, / de abanicos, o de caobas, / y avanzaba hacia el sol legendario de los mejicanos como un altar, / venciendo, escabulléndose, ascendiendo desde el abismo del océano / hasta las playas donde la finísima arena

remedaba la trama delicada / de los tejidos que urdían en Filipinas las últimas hadas verdaderas. // Desde Manila hasta Acapulco / el galeón hacía palpable los sueños de Marco Polo / .Parecía saber que allá en la corte lejana esperaba un rey, / un hombre sensual y triste, monarca de vastísimo imperio, / un rey que no podía dormir pensando en la renovada maravilla / del galeón, y en tanto los tesoros viajaban lentamente por tierras / mejicanas, y llegaban al otro lado del mar para salir en busca de / Castilla, él se serenaba en su palacio quemando redomillas de sándalo, / jícaras de incienso, pañuelos perfumados con ilang – ilang. // Y así, de tiempo en tiempo el Escorial era como un galeón de / piedra, como un navío rescatado de un mar tenebroso, salvado / por la insistencia de la resina, por el aroma tenaz del benjuí y de la canela. // El Escorial construido por el rey un día para viajar, / sin moverse de su rígido taburete, desde Castilla hasta Acapulco, / desde Acapulco hasta Manila, desde Manila hasta el cielo”.

Baquero extiende esta pasión, avidez, apetencia, en fin, el afán europeo por el Nuevo Mundo a Brandenburgo, donde el Barón Humperdanks, al preguntar las novedades del día, se enteró por boca de sus lacayos que la señora baronesa había partido temprano en su caballo, “dejándole dicho a Vuestra Excelencia que iba al Nuevo Mundo”. Largo y mucho fue el sufrimiento del barón quien lloraba diaria y desconsoladamente en espera de su amada. Sin embargo, un buen día llegó el ansiado anuncio de que la baronesa regresaba al recinto con un mestizo en su seno. Así fue, a su llegada comunicó al barón y a la corte: “Benedicidme, mujeres de Brandenburgo; / mirad mi vientre: traigo del Nuevo Mundo / al sucesor de este castillo (...) Todos brindaban por el niño que pronto haría florecer de nuevo los muros del castillo”.

En carne propia y en vívida reflexión, comenta el rapsoda sus orígenes poéticos, su mestizaje cultural: “Miro hacia atrás, con disgusto, porque siempre es una pérdida de tiempo recordar, y veo que de ese cesto de pescado y de ese cogollo de palmera me

nacieron muchos poemas. Esa arcaica canción Burela está en la simiente de este ilusorio enmascaramiento que llamé *Los lunes me llamaba Nicanor*. Yo los lunes me llamaba Nicanor. / Vindicaba el horrible tedio de los domingos / Y desconcertaba por unas horas a las doncellas / Y a los horóscopos. // El Martes es un día hermoso para llamarse Adrián, / Con ello se vence el maleficio de la jornada / Y puede entrarse con buen pie en la roja pradera / Del Miércoles, / Cuando grato es informar a los amigos / de que por todo ese día nuestro nombre es Cristóbal. // Yo en otro tiempo escamoteaba la guillotina del tiempo / Mudando de nombre cada día para no ser localizado por la señora Aquella / La que transforma todo nombre en pretérito / decorado por las lágrimas. / Pero ya al fin he aprendido que jueves Melitón, / Recaredo viernes, sábado Alejandro, / No impedirán jamás llegar al pálido domingo innominado / Cuando ella bautiza y clava certera su venablo / Tras el antifaz de cualquier nombre. /// Yo los lunes me llamaba siempre Nicanor. / Y ahora mismo no recuerdo en qué día estamos / Ni como me tocaría hoy llamarme en vano”.

Excelente expresión de la reverencia, del rendibú, del agasajo, de la entrega de Gastón Baquero a la letra, la música y la danza en su poesía mestiza, son estos versos de indistinto taconeo, de compartido zapateo:

“Gitanos y negros tienen lenguaje en el tacón, / lenguaje de hablar con sus dioses secretos, con sus bisabuelos / transformados en piel de tambor o en media luna de castañuelas”.

7. Los ancestros africanos

Al ofrecer esos poemas africanos intentaba exaltar la belleza y la sensibilidad de una poesía que muestra a la perfección —como toda poesía auténtica— la conmovedora y magnífica espiritualidad del hombre negro.

En Venezuela, y en general en toda la región del Caribe, en la mayor parte de la zona atlántica, en Centroamérica, en Brasil y en algunos países andinos, solemos decir que “todo el mundo tiene su negro atrás”, con el fin de reconocer la herencia —genética y cultural— de nuestros ancestros africanos. En efecto, si nos atenemos a las investigaciones de antropólogos y etnólogos, la presencia africana es amplia y diversa, como se muestra en el siguiente cuadro:

Lista de Topónimos y Etnónimos Africanos

Topónimos - región de África	Etnónimos
Angola – Angola	Mbundu, Imbangla, Congo
Mina – Ghana – Togo	Ashanti
Lucumí – Nigeria	Yoruba

Gastón Baquero: La Poética del Mestizaje

Loango – Congo	Bavili
Tari – Togo	Ewe
Arara – Dahomey (Benín)	Ewe – Fon
Gelofe – Senegal	Wolof
Nakenba – Cabinda – Angola	Bayombe
Cabinda – Angola	Bayombe – Bavili – Congo
Carabalí – Nigeria	Efik – Ibibio
Congo – Congo	Congo
Matamba – Angola	Mbundu – Imbangala
Enbuyla – Congo	Congo
Nago – Nigeria	Yoruba

Fuente: Jesús García, *África en Venezuela, Piezas de Indias*.

Conciente de esta innegable y plural herencia, Baquero reivindica en sus *poemas africanos* los versos de algunas de las grandes voces de los rapsodas del continente negro. Explica el escritor antillano:

“En 1965 ofrecí en la Tertulia Literaria de Rafael Montesinos una lectura provocativa de poemas de autores africanos, seleccionados y adaptados, más que traducidos, con la sola intención de añadir un argumento más en contra de esa estulticia llamada “poesía negra”, “afroantillana”, “afrobrasileira”, etc. que, salvo excepciones contadísimas ni es negra ni es poesía”.

Realicemos una sucinta y personal lectura de las provocaciones “adaptadas” de los poetas africanos seleccionados con afecto y diligencia por Baquero:

Gabriel Okara (Nigeria): Piano y Tambor: “Cuando al romper el día en la orilla del río me detengo a escuchar la / voz de la selva, / oigo los tambores de la jungla telegrafando su místico ritmo, / urgente, crudo y palpitante como la carne sangrienta todavía, / el ritmo de los tambores de la selva, / que habla de tiempos primitivos, de la juventud de la tierra, / de cuando las fuerzas del

hombre eran gloriosas (...) y cuando estoy sereno, escuchando plácidamente la música de las hojas verdes, / oigo llegar de la selva el sonido de un piano, lleno de lágrimas, / un concierto traído de tierras lejanas, / y la selva se me cierra con nuevos horizontes, limitada / por el disminuyendo de las lánguidas notas del piano, / y el contrapunto y el crescendo del lejano concierto / van perdiéndose en el rumor de la selva, disolviéndola, / hasta que toda la música termina en una frase aguda y fina, / como la punta de una daga”.

Noemia de Souza, Mozambique: Llamada: “Oh África, madre mía respóndeme, ¿qué ha sucedido con mi hermana del bosque / que ya no viene a la ciudad con sus eternos niños, / (uno a las espaldas, el otro en sus entrañas), / con su eterno pregón de vendedora de leños y de ramas? / Oh África, madre mía, / tú al menos no vas a abandonar jamás a mi heroica hermana, / a aquella que venía del bosque con cada amanecer: / ella vivirá para siempre en el orgulloso monumento de tus brazos”.

Leopold Sedar Senghor, Senegal: Congo: “¡Oho! ¡Congo oho! para rimar con tu nombre enorme / sobre todos los ríos sobre toda memoria, / convoco a voz de los Korás Koyaté” / La tinta de los escribas no tiene memoria. / ¡Oho! Congo extendido sobre tu lecho de selvas, / reina sobre el África domada”.

Jean- Joseph Roberviélo, Madagascar: Traducido en la noche: “¿Qué invisible rata / sale de las paredes de la noche / y va a robar la tarta lechosa de la luna? / cuando la rata se haya ido, aparecerán en los bordes de la luna / sangrientas huellas de dientes...”.

Bloque Modisame, Johannesburgo: Solitario: “Terriblemente solitario, / solitario; / como gritando solitario: / gritando por el callejón de los sueños, / gritando tristezas nunca oídas por nadie; / pero tú puedes oírme claro y alto: / con eco fuerte y alto, puedes oírme como si fuese para ti que gritase. // Hablo conmigo mismo cuando escribo, / me grito y me chillo a mí mismo, / luego para

mí, otra vez, / gritando una plegaria, / gritando ruidos, / sabiendo que de esta manera, / hablo al mundo de vidas / tranquilas y solitarias, / quizás incluso cuando no hago / más que gritar y chillar”.

Y finalmente, para reconciliarnos con el bantú que los venezolanos tenemos en nuestro mestizaje doble, disfrutemos con Baquero de este canto anónimo de esa lengua extendida por toda África, y que desde el Reino de Dahomey, actual Benín, llegó —en forma de esclavo, de Pieza de Indias— a esta Tierra de Gracia para hacer su aporte a la edificación de un gentilicio pardo y de una idiosincrasia mestiza.

*“Fuego que los hombres contemplan en la noche, en la profundidad de la noche.
/ Fuego que quemas y no calientas, que brillas y no quemas. / Fuego que
vuelas sin cuerpo, sin corazón, que no conoces hoguera ni hornillo. / Fuego
transparente de las palmas; un hombre sin miedo te invoca. // Fuego de los
hechiceros, ¿dónde está tu padre? / Tu madre ¿dónde está? / ¿Quién te ha
alimentado y te ha hecho crecer? / Tú eres el padre, tú eres la madre, tú
pasas y no dejas huellas. // El bosque seco no te engendra, tú no dejas cenizas
al morir, / tú mueres y no mueres. / El alma errante se transforma en ti,
y nadie lo sabe. / Fuego de los hechiceros, Espíritu de las aguas inferiores,
/ Espíritu superior a los aires, (Fulgor que brillas, luciola que iluminas el
pantano, / Pájaro sin alas, cosa sin cuerpo, / Espíritu del Fuerza del Fuego,
/ Oye mi voz; un hombre sin miedo te invoca”.*

8. España en el corazón

Unamuno descubrió un día la palabra exacta
y precisa para su sentir.

Fue él quien dio con el vocablo “Hispanidad”.

Baquero, como Neruda, lleva a España en el corazón, y no podía ser de otra manera: la nación ibérica lo adoptó luego de su abrupta salida de Cuba, exiliado sin miramientos de su tierra natal —como tantos otros cubanos— por no comulgar con la dictadura comunista de Fidel Castro y sus acólitos. De nuevo, su amigo Pérez Alencart confirma:

“España ha sido siempre una referencia para Baquero. Ya desde su más tierna infancia, en su Banes natal, tomó contacto con los vínculos entre España y el Nuevo Mundo cuando se enteró que el señor con rostro adusto en el retrato colgado en la casa Municipal no era sino Hernán Cortés, el primer alcalde del pueblo. En la escuela colgaba el retrato de Pablo Iglesias. Llegó a la península por vez primera con una ponencia sobre Sancho Panza. En el año de 1959 cuando deja su Isla entrañable para no volver hasta ahora. Atrás quedó una notable actividad periodística como

redactor jefe de El Diario de la Marina y su participación en las cercanías de Orígenes. Se instala en Madrid, trabaja en el Instituto de Cultura Hispánica, en Radio Exterior de España y reinicia sus colaboraciones en la prensa”.

En nuestro criterio, hay un par de poemas del escritor que denotan admirablemente su contento y admiración por la hispana patria de adopción:

Fanfarria en honor al Escorial: Compartimos el personal homenaje que Baquero ofrece al monarca de los Austrias, Felipe II, quien en la sierra cercana a Madrid construyó y supervisó personalmente toda la lenta y ardua construcción de este geométrico e imponente monumento que es de todo a la vez: palacio real, hogar, convento, iglesia, museo, mausoleo, pudridero, despacho personal, sitio escogido para existir y morir, alegría por la vida y la trascendencia: “¡Ahí está la alegría! / Detrás de los muros donde lo tenebroso, / Estalla el pétreo Escorial en armonía. // ¡Todo es jubiloso cántico y es fiesta! // Puede una tumba cantar, si está en belleza construida. / puede un fraile danzar, si da el linaje a lo angélico, / como al prado florecido el torreón en ruinas. // ¡Existe la alegría, ahí está la alegría! (...) ¡Vencida está la sombra y la muerte está vencida! (...) Los perfectos multiplican para los hombres la perfección de las formas (...) ¡Todo es júbilo! ¡La geometría conduce a la felicidad! // ¡Arriba está el Señor! ¡Todo es júbilo! Danzan los niños al arpa, y ríen. / El Infante Gabriel besa las manos de su maestro, y éste le dice: / *La luz es la sombra de Dios*, y su cuerpo está en la música reposado”.

Amapolas en el camino de Toledo: Uno de los poemas máspreciado del adoptado escritor es el dedicado a esa villa ecuménica, medieval, visigoda, plena de historia religiosa escrita —con sangre y tinta— en catedrales, mezquitas y sinagogas, de torreones, de cúpulas y alcázares, cardenales y pintores. Baquero se vale de las rojas amapolas, de las dormideras en vigilia, para cantarle a la añosa

ciudad: “La palabra Toledo sabe a piedra, / a memoria milenaria, / a judío tenaz, / a fantasma. // Vista la ciudad / se comprende que nunca existe, / que no ha existido nunca, / que todo es sueño de un profeta loco, / de un emisario de otro mundo / que olvidó el camino de regreso. // En las torres de Toledo / descansan los guerreros del año mil doscientos, / los que fueron al Santo Grial, / y quedaron inmóviles en las murallas de Jerusalén / hasta que el Río los trajo a las almenas de Toledo. / Dentro de estos muros / hay viejos peces de piedra, y hay enigmas / que nadie quiere escuchar, / y antiquísimo llanto petrificado, y plegarias / que en lugar de ir al cielo / caen como imprecaciones en las rodillas del diablo. // En el silencio de la noche / Toledo sirve de reposo a aquellos muertos / que no pueden dormir, / a los ángeles arrojados incesantemente del Paraíso, / a los seres que no han sido perdonados por Dios, / y vivirán por siempre en las callejuelas más tristes de Toledo. // Yo he visto todo eso; yo, ciego, he visto más: / la alondra saboreando el amargor del incienso, / la borla caída de un sepulcro gótico, / el cirio rojo del cardenal / La mariposa comunicando un secreto a San Cristóbal, / la osamenta de un rabino escondida bajo la armadura del Conde de Orgaz. // Yo, ciego, he visto; pero debo callar, / porque la muerte me hace señas de guardar silencio, / y dentro de mí tiemblan mis huesos, / y de pronto comprendo por qué allí, / en las afueras de Toledo, / ofrecen su signo a la inocencia de los hombres / las rojas amapolas”.

Va nuestro poeta —como el galeón de Manila— de Cuba a España y África, de la Tierra a la luna y las estrellas, de la muerte a la eternidad, porque indisputablemente, Baquero, como bien asevera el maestro Alfonso Ortega Carmona:

“Poeta de tres mundos, como certeramente se ha llamado a Gastón Baquero, supo vincular a la luz de su vida interior el vigor telúrico de su remoto origen africano (...) mientras se revela la exuberancia vital, fulgurante en la perla de las Antillas, donde abrió sus ojos (...) y se eleva en tierras hispanas su visión

Gastón Baquero: La Poética del Mestizaje

cultural de Europa a una asombrosa síntesis poética. Con estos tres mundos, renacidos en la luz de su espíritu, Gastón Baquero es ya posesión nuestra para siempre, como de toda obra perfecta afirmó el historiador Tucídides”.

Epilogo

El puente de un puente

En el infinito laberinto de los libros se camina hacia cualquier futuro, aunque cada página conduzca al pasado. Es indiscutible que esos caminos se recorren a sabiendas de que no existe un retorno.

Cuando un desconocido poeta acadio escribió el *Poema de Gilgamesh* se estableció una de las puertas del laberinto que carece de principio y de final. Inclusive, los pocos reyes y profetas que sabían leer creyeron que el Poema de Gilgamesh *era el laberinto* porque aparecían alusiones o fragmentos de la epopeya en Nínive, y en cualquier otro lugar inesperado donde hubiese caballos, leones y mujeres con alas.

Muchos ilusos piensan que al terminar de leer un libro pueden escaparse de sus embrollos. Pero se le llama laberinto y se le considera infinito porque cada libro es un puente que desemboca en otros libros. Es decir: es un puente conectado a un puente conectado a un puente. Es más o menos parecido al oficio de multiplicar granos con los movimientos del ajedrez.

Enrique Viloria Vera es baqueano de esos puentes; es una especie de viajero que transita libros, que deambula entre párrafos y frases; aunque en ciertas ocasiones puede hacer un alto y quedarse varios años visitando las páginas de un solo autor. Esto le ha ocurrido, por ejemplo, con el poeta cubano Gastón Baquero. Cualquiera que se asome a uno de los poemas o de los ensayos de Baquero, se explicaría perfectamente esa afortunada obsesión. Porque Gastón Baquero no sólo ha sido un poeta engendrado por el destino, como todo visionario: también ha recibido temple de sabio genuino gracias a su avasallante sinceridad.

Enrique tenía que escribir este libro suyo sobre Baquero: era un compromiso moral con el poeta que le ha mantenido intactas las ganas de leer y escribir. Viloria Vera sencillamente deja que fluyan los poemas y la vida de Gastón Baquero, interviniendo como abridor de cauces para que ese divino río avance. Este libro es un perfil bien detallado, una manera de conocer de cerca y con hondura a un poeta, usando como referencia su voz. Su voz es su cara. Su voz es su alma.

La sabiduría contundente de Baquero es tan abrumadora que no se puede evitar la tentación de ponerlo en escena. Creo que esa solidez de conocimientos ha sido una de las fascinaciones ejercidas sobre Enrique Viloria. En especial con el tema de la poesía, que Baquero abordó con una autenticidad aporreadora:

“Nunca me he planteado narrar un episodio, contar una anécdota, anotar una reflexión: lo que siempre me he propuesto, y me propongo, es *hacer un poema*, que es una entidad rigurosamente *autónoma*, desprendida por completo de la anécdota, de las ideas, de los antecedentes *no poéticos* que tantas veces pueden estar en el trasfondo de un poema. Lo que cuenta y lo que queda en definitiva, si queda, *es el poema en sí*. (Por eso es tan difícil hallar buenos lectores de poesía. Lo habitual es que la gente se distraiga con el asunto y no vea el poema, o no se dé cuenta de que lo que está

Enrique Viloria Vera

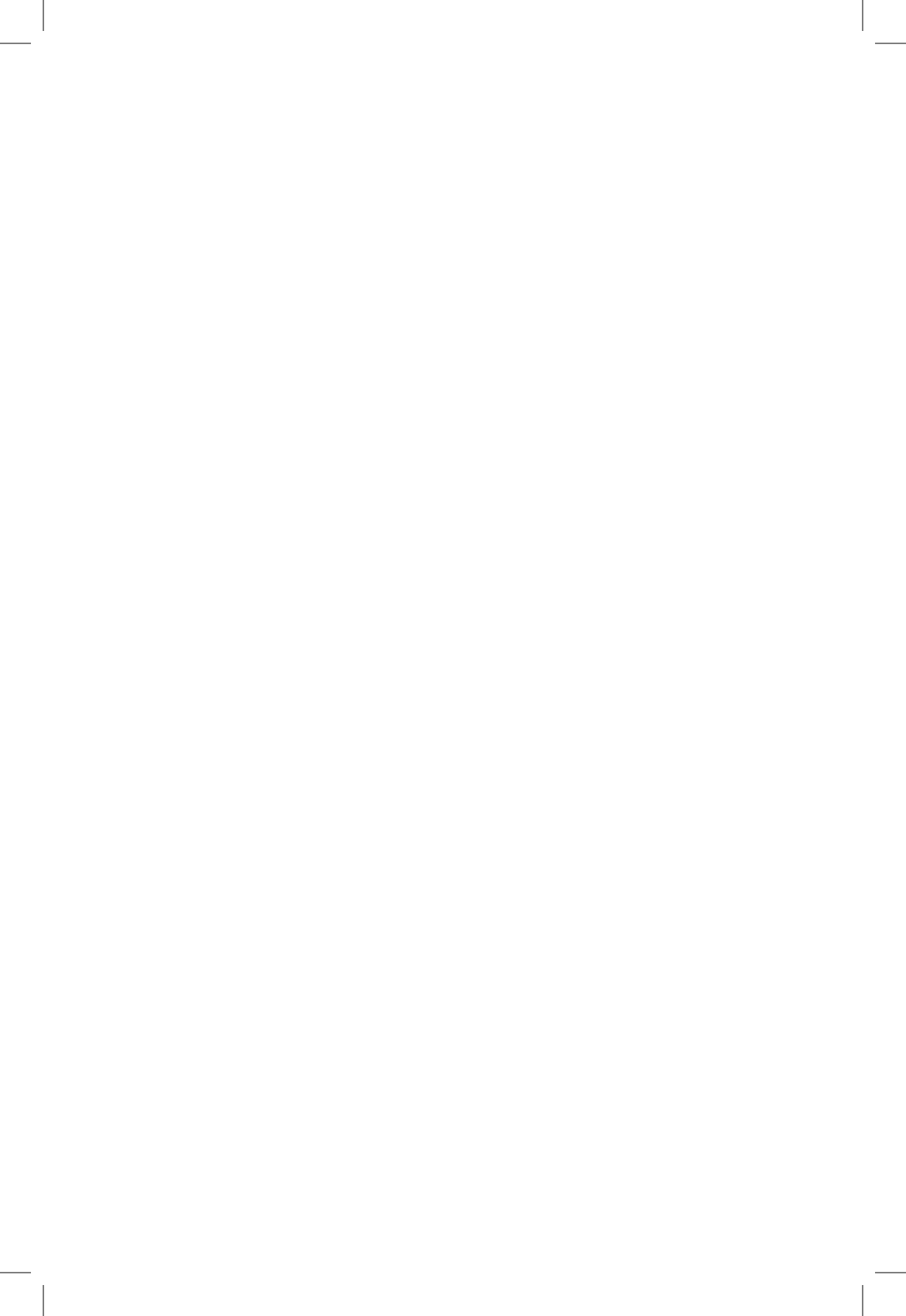
admirando es el poema en sí, que se impone por su propia entidad y realidad, libre de lo real antecedente. No todo el mundo *ve* el poema, y mucho menos la poesía. Puede haber poesía sin poema, pero no hay poema sin poesía”.

Esto lo dijo en una conversación con Felipe Lázaro. Y para completar la idea, en esa misma entrevista señaló:

-Poesía es lo que no está.

Ante una lección tan justa y perfecta ¿cómo no escribir sobre Gastón Baquero? Provoca rendirle ese homenaje cada vez que pase un año y que cumpla otro siglo. Aunque el mejor reconocimiento que existe para un escritor es leerlo. Pero leerlo comprendiéndolo, entendiéndolo, captando su música y su espíritu. Y eso es lo que ha hecho Enrique Viloria Vera, transmitiéndonos en su emoción un retrato igualito a Baquero.

JOSÉ PULIDO



Gastón y Baquero

Desde Barlovento arriba la calima tropical.
En medio de nieblas y brumas irrumpe un eterno poeta niño.
Ingenuo e indefenso nuestro Gastón
huyendo de la vejez y de la muerte inútil
se disimula detrás de escogidos seudónimos
Nicanor, Adrián, Cristóbal, Melitón, Alejandro, Filemón.

Sin alas se desplaza por espacios de sueño
a Ceilán y la India
cabalga en lomo de tigres grises y elefantes rayados
como preciosa seda retorna
ave del paraíso ébano brillante sándalo perfumado
en un severo Galeón de piedra llamado Manila o Acapulco.

Se le ha visto también en Segovia, Villalba, Madrid y Toledo
En El Escorial saborea un cordial chocolate indiano
con su Rey llamado Felipe
Boquiabiertos y solemnes
registran los inauditos límites de un reino siempre iluminado.

Gastón Baquero: La Poética del Mestizaje

Domestica abejas para alivio de napoleones y Carlos Magos.
Almuerza con rodajas de sol
Merienda rosas en tardes tontonas, tetonas y testarudas
Cena cielos y estrellas a la luz de la Luna.
Baila el rigodón con libertadores y libertadoras.
Aconseja a Juan Sebastián, Schubert y Mozart.
Se mueve a ritmo de valsés y barcarolas
¡Nureyev de las Antillas!
Echa un pie en el frenético bululú de sus orígenes.

Taconea al ritmo de negros y gitanos
que sin distingos lleva Baquero en su apellido de tres mundos.
Una niña y su muñeco de nieve
urgidos de palabras
demandan un poema al trovador del Caribe.

Gastón consulta con Baquero
Y al unísono responden:
“No puedo darte un poema,
ni soñar en hacerlo todo el día. Pero toma;
toma esta rosa, llévala a aquel vaso que está en el fondo,
colócala allá cuidadosamente, para que mañana
siga siendo tuya todo el día”
La niña tomó la rosa, la colocó en el vaso
y en la noche
súbito repentino inesperado
brotó el imposible poema de Gastón y Baquero.

Sobre el autor

Enrique Viloria Vera (Caracas, 1950). Abogado por la Universidad Católica “Andrés Bello” (Caracas, 1970), posee una maestría del Instituto Internacional de Administración Pública (Paris, 1972) y un doctorado en Derecho de la Universidad de Paris (1979). Actualmente, en la Universidad Metropolitana de Caracas (UNIMET) es Profesor Titular y Coordinador de la Cátedra Venezuela Ricardo Zuloaga. En la UNIMET fue Decano de la Facultad de Ciencias Económicas y Sociales (FACES), y Decano de Estudios de Postgrado, así como Director Fundador del Centro de Estudios Latinoamericanos Arturo Uslar Pietri (CELAUP). Adicionalmente, es Investigador Emérito del Centro de Estudios Ibéricos y Americanos de Salamanca (CEIAS). Fue igualmente titular de la Cátedra Andrés Bello en el Saint Antony’s College de la Universidad de Oxford en el Reino Unido y Profesor Invitado por la Université Laval en Canadá. Es autor y coautor de más de 130 libros sobre temas diversos: derecho, gerencia, administración pública, ciencias políticas, economía, historia, poesía y crítica literaria, artes visuales y humorismo. Ha sido distinguido con el Diploma Tomás de Mercado de Estudios Económicos otorgado por el Centro de Estudios Ibéricos y Americanos de Salamanca, con el Premio Iberoamericano de Ensayo “Alfonso Ortega Carmona” de la Sociedad de Estudios Literarios y Humanísticos de Salamanca, con el Premio Medalla Internacional Lucila Palacios del Círculo de Escritores de Venezuela, con el Premio de la Academia Venezolana de Ciencias Políticas y Sociales, con Menciones de Honor en el Premio Municipal de Literatura (Mención Poesía) de Caracas y en la Bienal Augusto Padrón del Estado Aragua. Recibió la Orden Andrés Bello (Banda de Honor) y el Gran Cordón de la Ciudad de Caracas. En 1998, la Universidad Metropolitana le otorgó el Premio al Mérito Académico en el área de Ciencias Políticas, Sociales y Administrativas.